

LA POLITICA REVOLUCIONARIA COMO SUBLITERATURA: EL CASO DE JUAN BOU

Martha G. Krow-Lucal

Desde hace más de veinte años se ha venido comentando la escasez de personajes obreros en la obra novelística galdosiana (Regalado García 198-200; Botrel 60-79, etc.). Un análisis detallado de uno de los pocos personajes de dicha naturaleza, Juan Bou de *La desheredada* (1881), puede arrojar algo de luz sobre las creencias de don Benito acerca del movimiento obrero español de su tiempo, en el momento de empezar a escribir la mayor parte de las novelas conocidas hoy como las *Novelas contemporáneas*.

Juan Bou es el litógrafo/tipógrafo izquierdista catalán que se enamora de Isidora Rufete, la protagonista de la novela. Los atributos de este personaje —su oficio, sus creencias políticas y su origen— son escogidos y entrelazados por el autor con sumo cuidado; nada se deja al azar ni al costumbrismo fácil.

Este *obrero-sol* es, personalmente, una mezcla de buenas y malas características, un hombre bondadoso a pesar de sus fanfarronerías y bravatas: “A pesar de sus baladronadas políticas y su aspecto feroz, Juan Bou, el *ursus speloeus*, era lo que vulgarmente se llama un infeliz, un buenazo, un alma de Dios. Tenía corazón tierno, bondadoso y sensible, y no podía ver una desgracia sin tratar de aliviarla” (II, IV, 299). Sin embargo, el lenguaje del personaje, siempre un elemento descriptivo clave en la novela galdosiana, indica que puede ser peligroso: “Si cuando estaba picado de mala mosca su lenguaje era conciso y brutal y se comía los niños crudos, cuando tenía buen humor, su dicción se fluidificaba, adornándose con la hojarasca de la fanfarronería” (II, IV, 299). Sus ideas brutales, ásperamente expresadas, contribuyen al atentado regicida de Mariano Rufete, alentando el deseo del joven de “ser célebre”; también le sugiere la idea de vengarse de varias personas, encarnándolas en una, y luego matando a esa persona (II, XIV, 440)¹. Montesinos ha visto muy bien que Bou no es “del todo inocente del desquiciamiento mental de (Mariano)” (11); aún cuando le amonesta a Mariano contra el uso de las bombas “porque con esa clase de armas no se defiende al pueblo” (II, XIV, 441), ya es tarde. El joven ha incorporado a su forma de razonar la incitación de Bou a la violencia.

Juan Bou es catalán, oriundo de Barcelona. Es lógico que el *obrero-sol* sea natural de la capital catalana, una ciudad mucho más industrializada que Madrid y más consciente del

concepto de la lucha de clases. Los apodos puestos a este obrero catalán —*el oso torcaz, la hidra sin hiel*, etc.— demuestran, (aparte del gusto de Miquis por la paradoja), empero, una ambivalencia fundamental en el pensamiento galdosiano respecto a Cataluña en el momento de escribir *La desheredada*. Antonio Regalado García subraya esta ambivalencia al describir así a Bou: “El Juan Bou de *La desheredada* se aproxima algo a la representación del anarquista, pero es más bien la parodia de un republicano anarquizante, buen burgués en el fondo, dotado de truculenta retórica revolucionaria” (199). Desde luego que Galdós admiraba a los catalanes y Cataluña, como se colige de la primera descripción completa de Bou: “Juan Bou era un barcelonés duro y atlético, de más de cuarenta años, dotado de esa avidez de trabajar y de esa potente iniciativa que distinguen al pueblo catalán” (II, IV, 292). Puesto que el desarrollo de una España moderna debía provenir de las actividades emprendedoras de la burguesía, esa “base del orden social” (“Observaciones” 122), Cataluña tendría que merecer su aprobación entusiasta como la región más industrializada. Pero la otra cara de la moneda de la industrialización era, desde 1854 por lo menos², un nutrido movimiento obrero que tenía como meta no sólo unos jornales más elevados y condiciones de trabajo menos inhumanas (reclamaciones que Galdós bien podía apoyar), sino también la destrucción de la orden socioeconómica actual. Juan Bou, el símbolo de lo que significaba Cataluña para Galdós en el momento de escribir *La desheredada*, refleja la ambivalencia de su autor. El buen corazón y la afición al trabajo del personaje representan el aspecto positivo (a los ojos de Galdós) de Cataluña, a la vez que sus ideas simplistas y violentas demuestran los peligros del movimiento obrero, más poderoso en Barcelona que en ninguna otra parte de la Península.

Bou es litógrafo y tipógrafo porque, como Galdós bien sabía, los que trabajaban en la imprenta formaban la agrupación obrera más revolucionaria del siglo XIX español. La sección de la Primera Internacional fundada por Giuseppe Fanelli en Madrid en 1868 contaba entre su veintitún miembros cuatro tipógrafos, un litógrafo y dos impresores (Lorenzo 43). Pablo Iglesias, el fundador del Partido Socialista español, era también tipógrafo, así como su colega socialista José Mesa Leompart, delegado por Madrid a la Conferencia Internacionalista de Valencia de 1871 (Tuñón de Lara 198). Rafael Farga Pellicer, uno de los dos delegados españoles al Congreso de la Internacional en Basilea (septiembre 1868) era también tipógrafo que había participado activamente en el movimiento obrero barcelonés durante muchos años. La lista de “militantes” allegados a los oficios de imprenta podría alargarse indefinidamente. Es muy posible, por otra parte, que el espíritu revolucionario de los tipógrafos atrajera la atención del autor de *La desheredada* mientras escribía la novela en 1881, gracias a la primera huelga española desde la Restauración borbónica —una huelga de tipógrafos. Asimismo, como periodista Galdós no podía ignorar las implicaciones radicales de dicha huelga, alentada por el (nuevamente legítimo) Partido Socialista y las creencias políticas de los trabajadores de la imprenta. Según Gerald Brenan, estas creencias habrían parecido particularmente amenazantes en 1881 (el año en que apareció *La desheredada*):

In (February) 1881 Sagasta's “fusionist” party came into office and restored to the working classes their old right of association. The Socialists could therefore appear openly. The party was refounded with 900 members of the printers' and typographers'

union and a hundred members from other professions, and Iglesias was elected secretary. Some of the printing establishments had refused to carry out their legal obligations towards their employees. They therefore struck work. It was a very small strike—only 300 typographers were involved—but it was the first one the country had seen since the restoration of the Monarchy, and it created a great sensation. Several newspapers had to cease publication and the whole press, Liberal as well as Conservative, resounded with denunciation of the Socialists (216).

La justificación histórica del oficio de Bou queda clara: los que trabajaban en la imprenta eran los revoltosos, los más conscientes de la lucha de clases del Madrid de la segunda mitad del siglo XIX.

Bou resulta una extraña mezcla de atributos anarquizantes y liberales que se niegan a formar una totalidad coherente. Se presenta una de sus obsesiones capitales de “anarquista” cuando aparece la primera descripción completa del personaje; según Bou, “Nosotros, los que no tenemos las manos llenas de callos, no éramos pueblo; vosotros, los propietarios, los abogados, los comerciantes, tampoco erais pueblo” (II, IV, 293). Este es, claramente, un concepto libertario, y la cuestión de quién podría ser considerado obrero no era para ser desechada ligeramente³. Surgía una y otra vez en los congresos libertarios (ya que muchos anarquistas proletarios desconfiaban de los profesionales e intelectuales que profesaban fe en los movimientos revolucionarios), causando serias y recurrentes desavenencias. Galdós oíría, como periodista y seguidor ávido de la política nacional que era, los ecos de esta cuestión a lo largo de la década de los setenta. Los anarquistas no dejaban de salir en las noticias de aquellos años, aún cuando gran parte de las noticias que aparecían en la prensa mayoritaria resultaran inexactas (o calumnia pura).

Bou abraza otra creencia muy apreciada por algunos anarquistas: que el dinero como medio de intercambio debe desaparecer (y desaparecerá) dentro de poco tiempo. En 1876, hablando con Mariano (alias Pecado) y el estampador que trabaja en su taller, les informa de una manera contundente:

— Sí, se suprimirá el dinero, que no sirve más que para negocios indecentes. Suprimiendo el numerario, quedarán suprimidos los ladrones... y *palante*.

Ambos (Mariano y el estampador) abrieron medio palmo de boca.

— Pero el dinero, —se aventuró a decir Mariano—, no se ha de quitar hoy ni mañana...

— Quién sabe... La cosa está mal. Dicen que esto se va. Me escriben de Barcelona que se está trabajando...

— El dinero no se suprime, —afirmó Pecado rebelándose tenazmente contra la incontrovertible sabiduría del maestro.

— Hombre, que sí. (II. IV. 303)

La simplicidad engañosa de semejante idea atraería naturalmente a un personaje ingenuo como Bou, y el movimiento libertario, como cualquier movimiento de tipo milenarista, tenía que fulminar en algún momento contra la malignidad del dinero, como hizo en efecto⁴.

Pero el concepto anarquista más alarmante que sugiere Bou es el de la *propaganda por el hecho*, aunque lo nombre así. Cuando dice el estampador de Mariano, "Pero éste dice que quiere ser célebre, aunque para ello tenga que hacer una barbaridad" (II, IV, 305), el maestro responde:

– Hombre, hombre, ¿tú quieres dar golpe? Valiente papamoscas. Pues dalo, hombre dalo. No te faltará ocasión. Inventa cualquier cosa, aunque sea una barbaridad, como dices. Puede que no lo sea. Hoy se tiene por barbaridad lo que mañana quizás se mire como una gran acción. (II, IV, 305)

Esta aseveración, amén de unas cuantas más en el curso de la segunda parte de la novela, igualmente simplistas y violentas, le alientan a Mariano en su atentado contra la vida del rey.

Según G. Brenan,

"the first reference to propaganda by deed occurs in a letter written by Malatesta to Cafiero on 3 December 1876 and published in the *Bulletin de la Fédération Jurassienne*: "The Italian Federation believes that the insurrectionary deed, which attempts to affirm socialist principles by action, is the most efficient means of propaganda, the only one which neither cheating nor depraving the masses, is able to make its way effectively into the lowest social strata and direct the living forces of mankind toward support of the international struggle." (168)

La idea de las represalias contra algunos burgueses y contra el orden burgués en general no era, sin embargo, desconocida en el movimiento libertario español. Ya en 1874, en los primeros meses de la clandestinidad de la Internacional, la idea había surgido en un manifiesto de la *Comisión federal*, reproducido en parte por Termes:

...todo explotador, todo ocioso que vive de la renta, todo capitalista parásito... (que nos haya infligido) una ofensa grave y haya violado nuestros derechos, caerá bajo los golpes de una mano invisible, y sus propiedades serán entregadas al fuego, a fin de que nuestra justicia no se cumpla en beneficio de sus herederos legales. (234)

La supresión legal de la Internacional, llevada a cabo una semana después del golpe de Pavía (Termes 253), indudablemente llegó a alentar en la organización una teoría de violencia que se volvía práctica en algunas ocasiones. Conforme avanzaba la década de los setenta, la violencia se extendía en España y en toda Europa. Díaz del Moral hace notar que:

en la (conferencia comarcal) de Andalucía del Oeste de 1878 se resolvió acudir a la *propaganda por el hecho* y a las represalias como sistema de lucha contra la burguesía, y, en efecto, por aquellos años aumentó extraordinariamente el número de incendios en los cortijos de Sevilla y Cádiz. En la conferencia de 1879, la Federación Española crea su comité de guerra, y en el tema 7 manifiesta su simpatía por todos los hombres "que han tenido suficiente ánimo y buena voluntad para atentar contra la vida de los opresores y explotadores del género humano, y muy principalmente contra los que impiden el desarrollo de las ideas anárquico-colectivistas." (122)

El incendio no era el único medio de represalia. En 1878 hubo varios atentados contra monarcas europeos: dos contra el káiser Wilhelm I, uno contra Umberto I de Italia, y el atentado contra Alfonso XII por el anarquista catalán Juan Oliva Moncusí⁵. El golpe de gracia llegó el 1 de marzo de 1881 con el asesinato del zar Alejandro II de Rusia. El acontecimiento no era del todo inesperado, pues los asesinos, miembros de un grupo de ideas anarquizantes, según Murray Bookchin, “had publicly sentenced the Czar to death in 1879 and tracked him for two years until they were successful. The duel between a handful of terrorists and the massive Russian state had fascinated the world - and had brought the Czar to the point of nervous collapse” (115).

La carta de Santiago Quijano-Quijada que pone fin a la primera parte de *La desheredada* tiene fecha de junio 1881; Galdós estaría escribiendo la novela cuando ocurrió el atentado ruso, y tendría que dejarle horrorizado. La violencia le era profundamente antipática a don Benito; el asesinato haría que el anarquismo (o lo que entendía por tal) le pareciera repugnante. Por otra parte, es muy posible que los temores de 1881 se proyectaran sobre esta historia de los años setenta que escribía en aquel momento⁶.

Es curioso notar, sin embargo, que Bou no resulta ser un anarquista del todo verosímil, sino más bien literario; esto es, una amalgama de características, algunas claramente libertarias, otras que podrían clasificarse como republicanas, y aún otras que chocan violentamente con las ideas ácratas. Como don Santiago Quijano-Quijada en esta misma novela, Bou tiene que desempeñar varios papeles con fines distintos (y a veces encontrados), lo que acaba por dejar un saldo de contradicciones sin resolver.

Cuando llegamos a conocer a Bou (en 1875 o 1876), se nos informa que el catalán tiene “dos géneros de fanatismo; el del trabajo, pues no podía estar inactivo nunca, y el de la política” (II, IV, 293). Su obsesión con los líderes del partido liberal es un síntoma de su interés en la política: “Las celebridades del partido no habían hecho nada... ¡Farsa, pura farsa! El lo había hecho todo...” (II, IV, 295). Censura a estos mismos líderes un poco más adelante: “¿Prim? un tunante. ¿O'Donnell? un pillo. Tiranos todos y verdugos. Olózaga, Castelar, Sagasta, Cánovas. Parlanchines todos” (II, IV, 305). El manuscrito de la novela es aún más explícito, y le hace al personaje dueño de una colección de caricaturas políticas que abarca un cuarto de siglo de historia contemporánea. También en la versión manuscrita, Bou participó en el levantamiento cantonalista de Cartagena en el verano y el otoño de 1873, y después de la derrota del cantón en enero de 1874 se marchó a Orán⁷. En la versión impresa de la novela las caricaturas desaparecen y la referencia al cantón murciano se vuelve más borrosa. Bou sí participa en algunas aventuras políticas antes de octubre de 1873, pero éstas quedan sin aclarar; no se menciona Cartagena. En octubre del 73 se establece definitivamente en Madrid (II, IV, 294).

Sería lógico encontrar a un republicano federalista en Cartagena, pero los historiadores del siglo xx reconocen unánimemente que no fue una sublevación de carácter libertario (como sí lo fueron las de Alcoy y Sanlúcar de Barrameda, por ejemplo). Participaron pocos anarquistas en los acontecimientos de Cartagena, por razones fáciles de adivinar. Aunque en 1866-68, como observa Tuñón de Lara, “La mayoría de los medios obreros eran republicanos” (188), ya para 1873 la postura de la Internacional se había vuelto decididamente apolítica. Los obreros no debían disipar sus fuerzas tratando de realizar fines políticos

burgueses, sino que debían aplicarse a llevar a cabo una revolución social y económica. A. Lorenzo reproduce la declaración acerca de las actividades políticas del Congreso Internacional de Barcelona (1870):

...toda participación de la clase obrera en la política gubernamental de la clase no podría producir otros resultados que la consolidación del orden de cosas existente, lo cual necesariamente paralizaría la acción revolucionaria socialista del proletariado.

El Congreso recomienda a todas las secciones de la Asociación Internacional de los Trabajadores que renuncien a toda acción corporativa que tenga por objeto efectuar la transformación social por medio de las reformas políticas nacionales, y les invita a emplear toda su actividad en la constitución federativa de los cuerpos de oficio, único medio de asegurar el éxito de la revolución social. (122)

El secretario del Consejo Federal español de la Internacional, Francisco Tomás, escribió en una carta dirigida al Consejo Federal de Norteamérica y fechada el 15 de abril de 1873, que "El movimiento de Alcoy ha sido un movimiento puramente obrero, socialista revolucionario. El de Cartagena es puramente político y burgués... En Cartagena no había internacionales y no creemos que los haya actualmente en ningún movimiento que defienda a este cantón" (Tuñón de Lara 223). La Comuna parisina de 1871 o las acciones de un Fermin Salvochea podrían atraer libertarios aventureros, pero Cartagena no significaba nada para los que anhelaban derrocar el sistema capitalista.

Los periódicos de la época, sin embargo, no tardaron en echar a la Internacional la culpa de *todas* las sublevaciones de 1873. C. A. M. Hennessy observa que

although the risings had not been made by the internationalists except at Alcoy and Sanlúcar de Barrameda, the few cases where Internationalists had cooperated, very much in a minority, at Seville, Granada and Valencia, were exaggerated by the Right-wing press in order to discredit the Federals. How anxious the Federals were to dispel any ideas that they were social extremists is to be seen in the violence of their attacks against the Internationalists. (232)

Galdós, durante largos años indignadísimo por la sublevación de Cartagena, pensaría que se trataba, simplemente, de un ultraje más cometido por los siniestros anarquistas. A menos que llegara a leer la prensa internacionalista (y creer lo que leía), no sabría que los libertarios no tenían interés en los acontecimientos de Cartagena, que veían como una trifulca sin trascendencia².

Hay otro aspecto más del carácter de Bou que parece anómalo en un anarquista. El litógrafo "tenía entre otras cualidades, la de ser muy severo con sus oficiales" (II, IV, 292). Mariano llega a conocer esta severidad cuando "Sus primeras torpezas, con sus descuidos, sus malas respuestas, fueron castigadas tan severamente por el maestro, ayudado de una correa, que bien pronto el muchacho le cogió miedo..." (II, IV, 297). Ahora bien: un libertario bien podría poseer su propia empresa; ahí estaban los relojeros independientes del Jura suizo que formaban la base del movimiento bakuninista. Hasta podría tener empleados, aunque existía la tendencia de ver el papel del patrón como intrínsecamente explotador y, por lo

tanto, para ser evitado en lo posible. Pero por muchos empleados que tuviera, propinarles golpizas o correazos era algo inconcebible para un verdadero libertario. El principio de autoridad era uno de los grandes males fustigados con más frecuencia por los anarquistas. Bakunin lo pone muy claro en su *Catéchisme Révolutionnaire*; el internacionalista militante, dice, ha de ser "l'ennemi du principe d'autorité, et qu'il en déteste toutes les applications et conséquences, soit dans le monde politique, économique et social" (citado en Martí 62, n. 35). El castigo corporal del débil (i.e., obrero/a) por el fuerte (i.e. patrón/a) era algo que ningún libertario verdadero podría consentir. O Galdós se burla de la creencia de Bou, que se precia de ser revolucionario (y aquí cuadra bien la descripción de Regalado García, del burgués que se cree revolucionario), o el novelista no tenía suficientes conocimientos acerca de la Internacional como para pintar un retrato coherente de uno de sus adeptos.

En *La desheredada*, el problema del anarquismo no es más que otro avatar del problema central: la confusión de la complejidad que es la vida con la literatura simplista. Los peligros de las creencias libertarias se demuestran a través del gusto de Bou por las aleluyas (otro tipo de literatura popular) que se imprimen en su taller. Para Galdós, las creencias políticas del litógrafo, y su expresión, son una especie de folletín, y son tan nocivas como cualquier folletín de los devorados por Isidora. Joaquín Marco da en el clavo al recordarnos:

...caeríamos en el error habitual que deforma los estudios sobre la literatura popular si pensáramos que el hecho de que los autores no fueran cultivados abría las puertas a la anarquía en la composición. Por el contrario, el autor popular sigue los cauces previstos para el género o tema escogido, sea éste el romance, la canción, la copla o la obrilla en prosa, al almanaque, etc. La posibilidad de innovar en las composiciones populares es mínima; de ahí las habituales repeticiones, tópicos, paralelismos. Los temas –y a su vez, los subtemas– permiten sólo variaciones en la estructura que resultan mínimas, pero el círculo se cierra sobre sí mismo. La posibilidad de descubrir fácilmente las fórmulas de composición de las obras populares, incluidas las novelas folletinescas, se debe a su gran rigidez, a su escasa imaginación compositiva. La válvula creadora se reduce casi siempre a la desorbitación de los efectos. (1, 49)

Bou, entonces, es litógrafo no solamente porque los oficios de imprenta fueran los más *avanzados* políticamente, sino también porque la impresión de los pliegos sueltos, que llevaban obras populares como aleluyas, romances de ciegos y hasta novelas de caballerías, formaban una parte nutrida y lucrativa de su negocio. Y para Galdós, las creencias políticas de Juan Bou y su afición a los aleluyas son dos caras de la misma moneda.

Es importante establecer los vínculos estrechos entre el nombre de Bou y la impresión de pliegos sueltos. Entre las empresas más prolíferas de pliegos sueltos se encontraba "La imprenta de Antonio Bosch, más tarde regida por sus sucesores de la calle Bou de la Plaza Nueva" en Barcelona (Marco 1, 272)¹⁰. Esta imprenta "se hallaba en relación con la de Madrid, calle de Juanelo, núm. 19, como se indica en el pie de la *Historia de Aurelio y Florinda o la Gruta del diablo*..., cuyo autor, Eduardo Sala, pertenecía al equipo de autores que Bosch utilizaba para sus pliegos en verso como en prosa" (Marco 1, 272)⁹. Juan Bou, por supuesto, "establecióse en la calle de Juanelo... Comprendiendo que algo de imprenta no venía mal

como auxilio de la litografía, adquirió cajas y máquina, y se quedó con todas las existencias de una casa que trabajaba en romances de ciegos y aleluyas” (II, IV. 296).

Todas estas coincidencias (de nombres, de lugares) no son casuales. Galdós se proponía vincular a Bou con los impresores contemporáneos de literatura popular; el personaje también debía sentir la influencia de estas obras. Para mostrar hasta dónde llega la interrelación de literatura y política, es preciso reproducir un trozo, largo pero revelador, de la descripción del taller:

El establecimiento era un verdadero laberinto, como formado de distintas piezas, que se habían ido agregando poco a poco, según las necesidades de ensanche lo pedían. Ocupaba la imprenta destinada a romances y aleluyas la peor y más lóbrega parte. Todo allí era viejo, primitivo y mohoso. La máquina, sonando como una desgranadora de maíz, tenía quejidos de herido y convulsiones de epiléptico. Consagrada durante seis años a tirar un periódico rojo, subsistía en ella un resto, un dejo de la fiebre literaria que por tanto tiempo había estado pasando entres sus rodillos y su tambor. Las cajas, donde yacía en pedazos de plomo el caos de la palabra humana, eran desvencijadas, polvorientas y sudaban tinta. Habían servido para componer papeles clandestinos, y conservaban el aspecto de la alevosía que trama sus actos en la sombra. La horrible guillotina, cuya enorme cuchilla lo mismo podía cortar un librito de papel de fumar que una cabeza humana, ocupaba el ángulo más sombrío de la sucia estancia, y más parecía sótano o bodega que taller del Arte de imprimir, soberano instrumento de la Divinidad, vicario de la Providencia en la tierra. Viendo aquellos trebejos, se podía sospechar que el tal Arte había sido encarcelado allí para expiar las culpas que alguna vez, por andar en malas manos, ha podido cometer.

(II, IV, 296-97)

Este retrato del local es una obra maestra, con meticulosas paralelas trazadas entre romances de ciegos y aleluyas, periódicos clandestinos, la guillotina de la imprenta (y por supuesto emblema de la Revolución Francesa), y el Arte encarcelado “para expiar las culpas que alguna vez, por andar en malas manos, ha podido cometer. Aquí hay una riqueza de detalles significativos, casi sin desperdicio. El rincón ocupado por los romances de ciego y las aleluyas es “la peor y más lóbrega parte” (lógicamente, porque para Galdós son subliteraturas). Luego resulta que la máquina que los imprime estuvo “consagrada durante seis años a tirar un periódico rojo”; este enlace de la política revolucionaria con las formas literarias ínfimas será recalcada al final del capítulo, como veremos. Hasta aparece vinculado con los romances y aleluyas el símbolo inconfundible y aterrador de la Revolución francesa, la guillotina, ocupando “el ángulo más sombrío de la sucia estancia.” Para Galdós, las creencias políticas de Bou son una especie de discurso pervertido, análogas a las aleluyas y romances de ciegos que se imprimen en su taller, e igualmente nocivas. Ni las mismas letras, “el caos de la palabra humana”, escapan la condena del narrador: “Habían servido para componer papeles clandestinos, y conservaban el aspecto de la alevosía que trama sus actos en la sombra.” Claro que las letras, después de imprimirse los tales papeles, se repartían de nuevo en las cajas y no tendrían por qué conservar semejante aspecto, pero la lógica poética es lo que importa aquí. El profesor Chad Wright ha demostrado acerca de otro aspecto de esta

novela que para Galdós como para muchos novelistas decimonónicos, la morada (en este caso, un taller) es el fiel reflejo de su dueño. Bou, como el taller, es una mezcla de subliteratura y creencias políticas peligrosas. Esto se aclara aún más al final de II, IV. El litógrafo empieza a cantar la *Marseillaise*, pero "Se había contagiado de la afición de sus aprendices a cantorrear los pareados de las aleluyas, y así, sin pensarlo, cantaba con la música de Rouget de l'Isle estos versos:

Muchos niños pequeñitos
van vestidos de angelitos." (II, IV, 306)

Las creencias políticas de Bou quedan representadas por la canción francesa, y están más o menos al nivel intelectual de la aleluya por la que trueca la letra original. Estos dos tipos de discurso pervertido, la retórica radical y la literatura popular, se unen en un hombre fundamentalmente bondadoso, para proporcionar el ímpetu del atentado regicida de Mariano. La mentalidad que exige una literatura estereotipada, llena de personajes que desempeñan su papel predestinado, exigirá también (según Galdós) soluciones simplistas, violentas y estereotipadas a los problemas sociales, políticos y económicos de España¹⁰.

Volvamos, pues, al principio: la escasez de personajes obreros. A nuestro ver, se destacan dos motivos. Primero: la gran mayoría de las *novelas contemporáneas* tienen Madrid como escenario, y había menos obreros industriales en Madrid que en Barcelona. Y segundo: que hasta bien entrada la década de los noventa, las soluciones propuestas por los grupos libertarios eran, al parecer de Galdós, como las soluciones carlistas: ni factibles políticamente, ni moralmente aceptables. Bou es la encarnación de lo que don Benito entendía por las ideas proletarias radicales, un hombre bueno corrompido por el equivalente político de las novelas por entregas de Isidora Rufete. Si se cree (como sí lo creía Galdós) que el único resultado posible del movimiento proletario tendría que ser la violencia homicida, como lo es en *La desheredada*, no puede sorprendernos que sus partidarios quedaran excluidos del mundo novelístico galdosiano como portadores de posibles soluciones a los enmarañados problemas españoles del siglo XIX.

Notas

¹ Bou está furioso con Isidora porque ésta ha rechazado su oferta de matrimonio, y luego le ha sonsacado una fuerte suma (diez mil pesetas) que piensa devolverle a su modo acostumbrado (permitiéndole ser su amante), cuando un auto de prisión interrumpe el proyectado idilio, e Isidora va a parar a la cárcel. Descarga su despecho no en Isidora (quien se niega a recibirle, aún en la cárcel) sino en Mariano; el litógrafo le dice al hermano de su ex-adorada: "...me río de su aristocracia estúpida, y que me alegraría de que todos los aristócratas y chupadores juntos no tuvieran más que un solo pescuezo para ahorcarlos a todos de una vez" (II, XIV, 440).

² En 1856 el cónsul francés ubicado en Barcelona dijo que, cuando Espartero era reemplazado por O'Donnell al final del *bienio liberal*, "se luchaba en las barricadas "A los gritos de muera la reina..., mueran los generales O'Donnell y Zapatero, guerra total y de exterminio a los ricos, a los fabricantes y a los propietarios, mezclados con vivas al general Espartero y a la República democrática social" (Seco Serrano 38).

³ Casimiro Martí recoge una cita de Max Nettlau, *Manuscrito sobre el anarquismo español*, muy interesante al respecto: se refiere a Antonio González Meneses, delegado de las sociedades de albañiles, zapateros, carpinteros y ebanistas de Cádiz al Congreso internacionalista de Barcelona (1870). Según Nettlau, al terminar la carrera de ingeniero industrial, González Meneses se alejó del movimiento libertario, en gran parte por "el recelo de ser siempre sospechoso en la organización (obrero) por la torpe suposición de que sólo eran obreros los que podían ostentar callos en las manos y que sólo éstos podían realizar la emancipación de los trabajadores —doctrina sostenida y propagada por F(rancisco). Tomás—..." (Martí 84). No he podido consultar el documento citado por Martí. Francisco Tomás era un libertario palmesano de orientación bakuninista, que desempeñó un papel principal en la confección de los dictámenes del Congreso de Barcelona.

⁴ Para un ejemplo de la inquina contra el dinero en algunos grupos anarquistas, ver Lorenzo 396. Por supuesto que don Benito no tendría que estar en el secreto de los dictámenes de los congresos libertarios clandestinos para darse cuenta de que la idea de abolir el dinero ejercería gran atracción sobre ellos.

⁵ Un año después, Francisco Otero González intentó asesinar a Alfonso XII. M. Gordon sugiere que el "modelo" de Mariano fue Otero González, y aduce varias razones sensatas para apoyar su tesis. Sin embargo, un "modelo" no tiene que excluir a todos los demás, y me parece evidente que se pueda

encontrar la huella de algunas ideas anarquistas (no lo fue Otero, que sepamos, pero Oliva Moncusí sí) en los pensamientos y acciones de Mariano.

⁶ El historiador y novelista alemán Lion Feuchtwanger afirma: "... the creative writers [de novelas históricas] desire only to treat contemporary matters even in those of their creations which have history as their subject. Such writers want only to discuss their relation to their own time, their own personal experience, and how much on the past has continued into the present" (129). Tal es el caso de Galdós, escritor de novelas históricas si lo hubo. Debe consultarse al respecto el excelente estudio de Guillermo Araya sobre *La fontana de oro*.

⁷ Los pasajes reproducidos a continuación provienen del manuscrito de *La desheredada*, que se encuentra actualmente en la Biblioteca Nacional. En la presente transcripción, se utiliza —para señalar una palabra o cláusula tachada en el manuscrito por el autor. Las palabras o cláusulas subrayadas fueron escritas entre líneas. Reproducimos asimismo el pasaje correspondiente de la primera edición de la novela, para facilitar el cotejo.

(Ms. II, pp. 97-98)

...para expiar las culpas que alguna vez ha *haya* podido cometer.

Las paredes estaban llenas de pegotes ~~eran papeles~~ *papeles y papeluchos recortes* con caricaturas políticas, ~~formando una colección casi completa, en la cual no faltaba Bonita colección ninguna de~~ esas ~~figuras~~ *figuras grotescamente convencionales eon eon que durante un cuarto de siglo se ha escrito* que formaban la historia ~~representando a todos los hombres notables~~ *contemporánea escrita en muecas! Nunca se habían visto reunidas tantas páginas de la historia contemporánea* En esta ~~sepulcro~~ *mazmorra de Gutenberg...*

(Cfr. II, IV, 297)

...para expiar las culpas que alguna vez, por andar en malas manos, ha podido cometer.

En esta mazmorra de Gutemberg...

(ms. II, p. 91)

Cuando los acontecimientos políticos le dieron respiro, vino a establecerse a Madrid, donde vivía su hermana, casada con el conserje de la casa de Aransis. No habría tiempo de empezar a trabajar, cuando los acontecimientos del 73 le arrastraron de nuevo a las aventuras; y estuvo en Cataluña y en Cartagena y en Orán. El 75 volvió tan supersticioso como siempre ~~y sin curarse de su~~ *no curado de sus* pretensiones redentoristas y entonces se estableció definitivamente pero cayó enfermo y tuvo que abandonar las luchas políticas...

(Cfr. II, IV, 294)

Cuando los acontecimientos políticos le dieron respiro, vino a establecerse a Madrid, donde vivía su hermana, casada con el conserje de la casa de Aransis. Pero antes de que pudiera empezar a trabajar, otros acontecimientos le arrastraron de nuevo a la aventura; cayó enfermo, tuvo que abandonar las luchas políticas, y en Octubre del 73 estaba definitivamente establecido en Madrid, mas no curado de su superstición redentorista.

⁸ En una carta a *La Prensa* de Buenos Aires publicada el 21 de febrero de 1886, Galdós expresa su indignación (¡después de trece años!) contra los rebeldes de Cartagena:

Los cantonales de Cartagena, los que el Gobierno republicano declaró piratas, los que se lanzaron al mar en nuestros mejores navíos de guerra, aquéllos que escribieron la página más vergonzosa de nuestra historia, *se han estado paseando tranquilamente por las calles de Madrid y otras poblaciones.* Los asesinos de Prim ¿dónde están? ¿Qué juez los ha sentenciado. (*sic*) ¿En qué patíbulo han expiado su crimen? La impunedad y siempre la impunedad. (Shoemaker 173).

Es interesante notar la equiparación de los rebeldes con los asesinos de Prim, y recordar que, después de la fuga de Isidora con Joaquín Pez en la calle del Turco, su padrino Relimpio “estampó una lágrima en aquella pared donde a balazos estaba escrita la página más deshonrosa de la historia contemporánea” (I, XVII, 244). Las frases paralelas indican que los sucesos de Cartagena debieron calar hondo en don Benito, si los compara con la muerte de Prim.

Su desprecio por los cantonalistas vuelve a parecer en el retrato de José Izquierdo, el tío de Fortunata y una suerte de descendiente literario de Bou. El profesor Francisco Caudet trata el caso de Izquierdo en un artículo ejemplar que saldrá próximamente en las *Actas del Tercer Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*.

⁹ En su valioso artículo de 1964, Helen Grant recoge unos datos preciosos acerca de la imprenta del “impresor y librero catalán José María Marés” (311). Establecido en Madrid en 1842, “cambió de dirección varias veces” y “estuvo en la calle de Juanelo de 1870 a 1876” (311 n. 9). Según Grant, “Este Marés fue el modelo vivo de Juan Bou” (311).

¹⁰ Dirimir si Galdós poseía un conocimiento cabal de lo que era el anarquismo no hace mucho al caso. Los “errores” que aparecen en su retrato de Bou indican que no sabrían más en 1881 de lo que podía leer en la prensa mayoritaria española y europea.

Berkowitz encontró en su biblioteca libros de Bakunin, Kropotkin y Louise Michel, pero carecen de fecha y no es posible averiguar cuándo los leyó don Benito, si es que llegó a leerlos. Le bastaban sus conocimientos del movimiento libertario para saber que no estaba de acuerdo con sus principios; la reforma, que no la revolución, era su *desiderátum* hasta los últimos años de su vida. Ponia sus esperanzas en la burguesía que los anarquistas querían destruir (como proclamaban abiertamente); por lo tanto sus discrepancias eran, forzosamente, irreconciliables.

BIBLIOGRAFÍA

- ARAYA, Guillermo: "La Fontana de Oro de Galdós: cien años de lucidez política." *Estudios Filológicos* 8 (1972): 89-104.
- BOOKCHIN, Murray: *The Spanish Anarchists*. Nueva York: Harper, 1977.
- BOTREL, J.-F.: "Benito Pérez Galdós, ¿escritor nacional?" *Actas del Primer Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*. Las Palmas: Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria, 1977: 60-79.
- BRENNAN, Gerald: *The Spanish Labyrinth*. 2a. edición. Cambridge: Cambridge University Press, 1978.
- DÍAZ DE MORAL, Juan: *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas*. Madrid: Alianza, 1967.
- FEUCHTWANGER, Lion: *The House of Desdemona. Or, The Laurels and Limitations of Historical Fiction*. Trad. Harold A. Basilius. Detroit: Wayne State University Press, 1963.
- GORDON, M.: "The Medical Background to Galdós' *La desheredada*." *Anales galdosianos* 7 (1972): 67-77.
- GRANT, Helen: "Una aleluya erótica de Federico García Lorca y las aleluyas populares del siglo XIX." *Actas del primer Congreso Internacional de Hispanistas*. Oxford: Asociación Internacional de Hispanistas, 1964. 307-14.
- HENNESSY, C. A. M.: *The Federal Republic in Spain*. Oxford: Clarendon Press, 1962.
- LORENZO, Anselmo: *El proletariado militante*. Prólogo, notas y cronología de José Álvarez Junco. Alianza: Madrid, 1974.
- MARCO, Joaquín: *Literatura popular en España en los siglos XVIII y XIX*. Madrid: Taurus, 1977. 2 tomos.
- MARTÍ, Casimiro: *Orígenes del anarquismo en Barcelona*. Prólogo de Jaime Vicens Vives. Barcelona: Teide, 1959.
- MONTESINOS, José F.: *Galdós*. t. 2. Madrid: Castalia, 1968. 3 tomos. 1968-72.
- PÉREZ GALDÓS, Benito: *La desheredada*. Madrid: La Guirnalda, s.a.
- REGALADO GARCÍA, Antonio: *Galdós y la novela histórica*. Madrid: Insula, 1966.
- SECO SERRANO, Carlos: "La toma de conciencia de la clase obrera y los partidos políticos de la era isabelina." *La revolución de 1868. Historia, pensamiento, literatura*. Eds. Clara E. Lida e Iris M. Zavala. Nueva York: Las Américas, 1970: 26-48.
- SHOEMAKER, William H.: *Las cartas desconocidas de Galdós en "La Prensa" de Buenos Aires*. Madrid: Cultura Hispánica, 1973.
- TERMES, Josep: *Anarquismo y sindicalismo en España*. 2a. edición. Barcelona: Editorial Crítica, 1977.
- TUÑÓN DE LARA, Manuel: *El movimiento obrero en la historia de España*. Madrid: Taurus, 1972.
- WRIGHT, CHAD, C.: "The Representational Qualities of Isidora Rufete's House and Her Son Riquín in Benito Pérez Galdós' Novel *La desheredada*." *Romanische Forschungen* 83 (1971): 230-45.